

La niña sin recuerdos

La lluvia presagió siempre los grandes acontecimientos en su vida.

Ana podía recordar el viento que golpeaba los vidrios, el agua cayendo sobre la colina inmensa y oscura, la casa silenciosa. La sensación de que algo muy malo iba a pasar y luego la certeza de que había ocurrido.

Habían transcurrido muchos años, pero aún podía ver la silueta en el corredor frente a ella, la voz que sonaba deforme y lejana diciéndole:

—Tus papás han tenido un accidente.

Las palabras, mojándola, como si hubiesen arrancado el techo y la lluvia cayera sobre su cara.

Esa madrugada, el tamborileo de las gotas sobre el tejado la despertó. Abrió de golpe los ojos y se quedó quieta, tumbada en la cama, escuchando.

Todavía estaba oscuro, así es que buscó el despertador en la mesita de noche y encendió la pequeña luz que lo iluminaba.

Eran las cinco treinta de la mañana y hacía muchísimo frío. Ana llevaba puestos dos pares de calcetines, la parte de abajo del pijama de algodón, una camiseta, un suéter de lana, guantes y un gorro

con motivos de pinos que le tapaba las cejas y dejaba apenas a la vista sus ojos grises. Aun así, no lograba entrar en calor.

La caldera había dejado de funcionar hacía exactamente dos inviernos y en esa época del año hacía unos ruidos extraños, como si en su estanque tuviera alojado a un dragón hambriento. Para empeorar las cosas, la ventana de su habitación no podía cerrarse completamente y por las noches las cortinas se sacudían con cada ráfaga de viento frío. Ahora, la lluvia entraba por la rendija abierta y mojaba la alfombra.

Se levantó de la cama y trató de cerrarla. El marco se había hinchado con la humedad y no cedió. Ana tomó un poco de papel de diario y con él cubrió la rendija. Se disponía a volver a la cama cuando escuchó bajo su ventana un débil murmullo de voces.

Eran las tías.

Las dos caminaban muy rápido y hablaban en susurros.

La tía Violeta era baja, con un abdomen hinchado, unas piernas que carecían de rodillas y unas mejillas fofas y sonrosadas. Sus ojos, que eran pequeños y oblicuos, parecían incrustados en su cara, y uno de ellos, el izquierdo, miraba siempre hacia otro lado.

La tía Ofelia, en cambio, era demasiado flaca para verse sana. Su piel era pálida y a través de ella se transparentaban las venas, como ríos azules que serpenteaban por los delgados brazos hasta sus dedos larguísimos y huesudos. Usaba unos anteojos

con marco de carey que siempre parecían a punto de caerse de su fina nariz, y su boca se mantenía apretada en un rictus de disgusto, como si el solo hecho de tener que permanecer en el mundo fuese un verdadero padecimiento.

Las dos eran desagradables a su manera. La tía Violeta no se enojaba jamás, pero siempre se preocupaba. Si no había de qué preocuparse, se preocupaba de no tener preocupaciones. Era de esas personas que solo son felices cuando están tristes.

La tía Ofelia nunca se preocupaba, pero siempre estaba enojada. Parecía creer genuinamente que las demás personas vivían empeñadas en arruinarle la vida, y si alguien se enfermaba, el gato se perdía o había un terremoto, era con el solo propósito de molestarla a ella.

Ana no podía evitar que le disgustara vivir allí. El hogar de las tías era una destartalada casa de tres pisos con dos chimeneas, cerca de un humedal. Desde la casa, lo único que se divisaba era una colina, y la colina era tan alta que Ana se imaginaba que desde la cima se podían ver los bosques, los campos y en los días claros, allá lejos, una pequeña franja azul que —estaba segura— sería el mar.

De todos los lugares del mundo que estaban fuera de su alcance, su favorito era el mar o cualquier pedazo de tierra o roca que estuviera cerca de él. Había leído en la *Enciclopedia de toda la Tierra* que en los fiordos de Noruega, las islas —algunas de no más de treinta metros— no tenían playas de arena, sino que las rocas de la orilla entraban directamente en el agua y esta era profunda de inmediato.

En la enciclopedia había una ilustración de gente muy rubia en unos trajes de baño anticuados tomando el sol sobre unas rocas enormes y lisas.

A Ana le habría gustado ir allá y tenderse sin toalla sobre el granito liso y caliente, pero en sus casi trece años de vida jamás había ido a ninguna parte y solo había atravesado la reja de entrada para ir al colegio que quedaba en el pueblo y luego volver a la casa, día tras día, sin ninguna variación en su rutinaria existencia.

Por otra parte, estaba segura de que a las tías tampoco les gustaba que ella viviera en la casa. La miraban siempre con desconfianza, como si fuera un animal exótico al que no supieran exactamente cómo domesticar, y aunque eran tías de su madre, no hablaban jamás de ella. Las veces que Ana había intentado preguntarles, la respuesta era siempre la misma:

—No me acuerdo. Fue hace mucho tiempo. No hay nada bueno en el pasado.

—No comprendo por qué.

—Solo los tontos intentan comprenderlo todo.

Eso decía la tía Ofelia y la tía Violeta se limitaba a enrojecer, tartamudear y decir que ella tenía muy mala memoria.

Al final, Ana se dio cuenta de que era inútil preguntar.

Cuando era pequeña observaba con curiosidad a los padres que acompañaban a sus hijos al parque o los llevaban al colegio. Se imaginaba a sí misma diciendo «mamá». A veces lo pronunciaba en voz alta para ver cómo sonaba, y podía ver perfectamente la silueta de su madre caminando hacia

ella, pero en el momento en que Ana esperaba ver su cara y oír su voz, el cuadro se hacía borroso.

Ana tenía mucha imaginación. La tía Violeta siempre decía que le traería problemas si no tenía cuidado, pero aun así no había logrado jamás figurarse cómo sería la voz de su madre ni menos la de su padre. No podía verlos hablar ni jugar con ella, como si la vida que hubiese vivido antes de llegar a la casa de las tías no hubiera existido jamás. Había un solo recuerdo y aunque no podía oír las voces y nadie se movía, a Ana siempre le había parecido un recuerdo genuino. De todas formas, debía reconocer que era sorprendentemente parecido a la única fotografía que guardaba de su madre.



La había encontrado por casualidad en el tocador de la tía Ofelia un día en que esta estaba con jaqueca. Desde su cama le ordenó que le alcanzara unas pastillas. Ana metió la mano hasta el fondo del cajón y en vez del frasco con las pastillas se topó

con un rectángulo de cartulina en el que aparecían, escritos con letra inclinada, los nombres de ella y de su madre: *Soledad y Ana*. Lo giró y vio que era una fotografía. Ella debía tener tres o cuatro años y estaba arriba de un triciclo con cara de enojada. Tenía el pelo castaño amarrado en dos trenzas que le llegaban hasta los hombros y los ojos entrecerrados porque el sol le daba en la cara. Su mamá aparecía a su lado con un vestido azul celeste sin mangas mirando a la cámara, debajo de un sombrero de paja que le tapaba un ojo, con cara de pichón asustado y alegre al mismo tiempo. Se veía muy joven y muy linda, y Ana la retuvo en las manos unos segundos.

—¿Las encontraste? —gritó la tía desde la cama.

Ana se escondió la fotografía debajo del cinturón. Nunca se había robado nada y las piernas le temblaban cuando se acercó a entregarle el vaso de agua y los remedios a la tía. Ella tenía un pañuelo húmedo sobre los párpados, así es que no podía verla; Ana palpó su preciado tesoro por encima del suéter y se dijo a sí misma que ya que también ella aparecía en la foto, no era un robo de verdad.

La lluvia se había hecho más tupida y las tías se detuvieron un momento bajo su ventana. Parecía como si discutieran sobre algo. La tía Ofelia gesticulaba enérgicamente, mientras la tía Violeta asentía con la cabeza. Ambas traían puesta una especie de capucha plástica de colores. La de la tía Violeta era amarilla con un gorro que se le ajustaba a la cabeza y le daba un increíble parecido a un gusano de seda gordo y sudoroso.

Se fijó que la tía Ofelia llevaba algo en la mano. En la oscuridad percibió el destello del hierro y el rojo del mango de madera del martillo y enseguida supo adónde se dirigían las tías.

Los ojos de Ana se abrieron como platos.

